

## CAPITULO I. Error! Bookmark not defined.

### EL CAPITALISMO MUNDIAL DECIMONONICO.

No se puede comprender la historia de América Latina si no se estudia la formación social capitalista, porque desde la colonización hispano-lusitana nuestro continente pasó abruptamente a formar parte de ese sistema de dominación internacional.

Con este criterio de totalidad, trataremos de explicar los principales rasgos del capitalismo y, fundamentalmente, sus repercusiones en Asia, África y América Latina. Esta es, a nuestro juicio, la única metodología que puede ayudarnos a entender a cabalidad el significado de la expansión capitalista y los mecanismos de inserción de América Latina en el mercado mundial. A la luz de este enfoque globalizante, podemos entender los planes de conquista territorial del capitalismo europeo y norteamericano durante el siglo XIX. Del mismo modo, la ideología de la clase dominante latinoamericana sólo es explicable si se estudia en relación a la influencia cultural europea; de manera similar, los pensamientos de avanzada social de América Latina en el siglo XIX sólo pueden comprenderse investigando las ideas socialistas y anarquistas europeas. No en vano la historia se había hecho mundial desde el siglo XVI.

Precisamente por ello es que cada crisis cíclica del capitalismo, como las de 1816, 1825, 1836, 1847, 1857, 1866, 1873 y 1888, repercutía directamente en los países ubicados en la periferia del sistema.

### EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO.

La Revolución Industrial, que había impulsado el desarrollo de la manufactura, dio un salto cualitativo a mediados del siglo XIX con la industria de bienes de capital o elaboradora de maquinarias. Al mismo tiempo, se produjo un avance significativo en los medios de comunicación y transportes terrestres y marítimos, que permitió al capitalismo europeo cubrir al mundo y hacerlo suyo, con una ideología que "racionalizaba" la conquista de territorios y mercados como signos de progresos.

El ferrocarril, creado en 1825 por Stevenson, adquirió tanto relieve que hacia 1850 se habían invertido 240 millones de libras esterlinas en vías férreas, locomotoras y vagones. Los barcos a vapor se generalizaron. Los puertos, vías fluviales y carreteras se modernizaron. El telégrafo (1837) y el teléfono (1876) agilizaron notablemente las comunicaciones. La prensa rotativa (1866) y la linotipia (1886) constituyeron un avance cualitativo en las artes gráficas, promoviendo la circulación masiva de noticias, a través de un periodismo más ágil e informador de la coyuntura.

Según Alfred Weber "el positivismo y naturalismo científico, que triunfa en la vida externa, conforma también la interna, que ya no se siente inclinada a sumergirse profundamente en el mundo oscuro de sus propios problemas. Los ubérrimos frutos de la época son demasiado atractivos y seductores para dar lugar a meditaciones profundas sobre los problemas de lo humano."<sup>1</sup> Efectivamente, el progreso - y la ideología que se gesta en él y por él - cruza toda la historia europea de la segunda mitad del siglo XIX hasta que entra en crisis poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Desde las sociedades por acciones hasta la filosofía, pasando por las artes, la ciencia y las conquistas territoriales de Asia, África y América Latina, todo está permeado por la idea de un progreso permanente y lineal. Sólo advirtieron la falacia aquellos novelistas apegados a la realidad, como Balzac y Zola, o los pinceles de Daumier y Courbet. Pronto esa sociedad será diseccionada por el

---

<sup>1</sup>ALFRED WEBER: **Historia de la Cultura**, p. 314 y 315, FCE, sexta edición, México, 1960.

bisturí de Marx, y sus lacras, enmascaradas por los apologistas del progreso ideologizado, serán puestas al descubierto por Bakunin y la literatura anarquista y socialista.

Los bancos, hasta entonces dedicados a la especulación financiera o a los créditos para los terratenientes, comenzaron a realizar inversiones en la industria y en los ferrocarriles, aunque recién en las últimas décadas del siglo XIX se producirá la estrecha relación entre la banca y la industria.

La industrialización del siglo XIX avanzó con las innovaciones del área textil, aunque el progreso sostenido dependía del carbón y del hierro, y habría sido inconcebible sin la máquina a vapor y la tecnología siderúrgica.

El descubrimiento del hierro colado y el procedimiento Bessmer (1855) en la elaboración de acero, contribuyeron decisivamente al avance siderúrgico y a la reducción de los centros de producción de otras ramas industriales.

El cambio de la composición orgánica del capital facilitó el desarrollo del maquinismo, aumentando la productividad y la plusvalía relativa. Paralelamente, el capitalismo decimonónico continuó extrayendo plusvalía absoluta, resistiéndose hasta finales de siglo a reducir la jornada de trabajo. El maquinismo hizo más social la producción y, contradictoriamente, más individual la apropiación del sobreproducto social. El productor fue definitivamente separado de su producto, acentuándose su alienación en un trabajo que no sentía como suyo.

La llamada libre competencia condujo irreversiblemente a un proceso de concentración de capital mediante la liquidación o absorción de los productores medianos y pequeños. Las grandes empresas salieron airoso de esta competencia gracias al aumento de la composición orgánica de capital, es decir, a la inversión en maquinarias e instalaciones modernas, movidas con altos índices energéticos.

Así se fueron configurando las características esenciales del capitalismo: concentración masiva de obreros asalariados para la producción de mercancías en gran escala por medio de maquinaria sofisticada y un complejo sistema de comunicaciones y de transporte para la distribución y circulación, con el fin de lograr una rápida realización de plusvalía. La triada: reforma agraria-industrialización-mercado interno (y luego externo) garantizó un desarrollo autosostenido en los países donde triunfó la revolución democrático-burguesa, porque la subdivisión de tierras permitió aumentar el poder adquisitivo del sector mayoritario de la población: los campesinos, que con sus compras apuntalaron la manufactura y reactivaron el mercado interno.

El aumento de la población agrícola, y de su productividad a raíz del desarrollo del capitalismo agrario, determinó un abaratamiento de los alimentos, favoreciendo la reproducción de la fuerza de trabajo y la capacidad adquisitiva del trabajo necesario, expresado en el salario. Cuando la producción agrícola se hizo insuficiente ante los cambios demográficos -Europa aumentó la población de 180 a 470 millones en el siglo XIX- el capitalismo importó a bajos precios las materias primas y alimentos de los continentes colonizados.

El Estado jugó un papel relevante en esta fase de despegue industrial. No obstante el lema difundido por la ideología liberal sobre el "dejad hacer, dejad pasar", el Estado decimonónico adoptó medidas fundamentales en favor de la industrialización. Sin la intervención estatal, la Revolución Industrial no hubiera avanzado tan vertiginosamente.

El Estado burgués aceleró la extinción de las supervivencias feudales; contribuyó a la integración económica, quebrando las barreras y peajes que impedían el ensanchamiento del mercado

interno; derogó leyes de tradición medieval, como las del corporativismo gremial, que restringían la movilidad de la mano de obra; dio mayor dinamismo al capital, derogando leyes como la Bubble Act, que prohibía la formación de compañías por acciones; anuló las disposiciones que rígidamente fijaban la forma en que debían fabricarse y venderse los productos; promovió la construcción de ferrocarriles, la reforma agraria, nuevos sistemas bancarios y sociedades por acciones, que facilitaron las inversiones masivas en la industria. En fin, la acción del Estado fue clave para la consolidación del sistema monetario nacional.

El Estado jugó un papel central en la reglamentación laboral, en la jornada de trabajo, leyes sociales y, sobre todo, en la inversión de capital para asegurar la producción de esta fuerza de trabajo, que había migrado de los campos para incorporarse a las fábricas y otras actividades de las ciudades en pleno proceso de urbanización. El Estado, entonces, tuvo que mejorar las condiciones sanitarias de urbes que hasta un siglo eran aldeas, llevar adelante planes habitacionales y, fundamentalmente, promover la educación para dar paso a la nueva generación de obreros calificados que necesitaba la industria pesada.

El Estado burgués reforzó de manera masiva -como no lo había hecho hasta entonces ningún otro Estado en la historia universal- la ideología de la clase dominante. Esta masificación se hizo no sólo con métodos represivos sino fundamentalmente por medio de una sofisticada persuasión, basada en un hecho real: la democratización y la ampliación social del régimen republicano o, como el caso de Inglaterra, la monarquía constitucional. La utilización del concepto de Democracia por la clase dominante que en su momento lo aprovechó para desplazar a la aristocracia feudal tuvo un efecto multiplicador en los planes destinados a imponer la ideología burguesa.

El desarrollo capitalista fue desigual. Mientras Inglaterra y, en menor medida Francia, ganaban la delantera, los Países Bajos, Italia, España y Europa Oriental mantuvieron durante mucho tiempo áreas agrícolas bajo relaciones de producción precapitalistas, incorporándose lentamente a la actividad industrial. Alemania, unificada tardíamente en 1871, preparaba su despegue industrial sobre la base de la Unión Aduanera, que pavimentó el camino a la integración económica y, ulteriormente, a la unidad política.

Inglaterra era el taller del mundo a mediados del siglo XIX, con su millón de caballos de fuerza y sus 17 millones de husos mecánicos, que producían 2 millones de yardas de telas de algodón; 50 millones de toneladas carbón proporcionaban de sobra las necesidades energéticas. Producía más de la mitad de los lingotes de hierro del mundo, base fundamental para la fabricación de ferrocarriles. En 1871, los altos hornos y las fundiciones empleaban el 40% de la mano de obra y la cuarta parte de la fuerza motriz. Las manufacturas de algodón, que empleaban a un millón y medio de obreros a mediados del siglo XIX, representaban casi la mitad de las exportaciones. Inglaterra tomó la delantera porque sus bancos trasladaron el ahorro del sector no-fábril a la industria, otorgando a las empresas créditos periódicamente renovados. Al mismo tiempo, tomaron auge las Sociedades por Acciones, que 1844 alcanzaban al centenar, y luego en 1856 la primera Sociedad de Responsabilidad Limitada.

En Francia, el desarrollo industrial fue más lento, retardado por el Thermidor y la reacción napoleónica. El agro demoró en ser explotado capitalísticamente; los medios de transporte se modernizaron a medias. Pero lo que fundamentalmente impidió a Francia igualar a Inglaterra fue la insuficiencia de recursos energéticos, situación que se agravó con la pérdida del hierro de Alsacia y Lorena en la guerra con Prusia. Otro hecho que explica el retraso industrial de Francia fue la prioridad de la inversión en transportes y actividades especulativas, en lugar de la industria. De todos modos, hubo un importante desarrollo de la manufactura, especialmente textiles de seda y algodón. Como expresión de la industria siderúrgica, en 1860 se habían construido 17.600 kilómetros de vías férreas. Hacia 1870, Francia bordeaba los 3 millones de obreros industriales.

Con el fin de proteger la industria nacional y evitar la competencia extranjera, el Estado francés estableció severas medidas proteccionistas hasta 1850. Luego, el régimen aduanero se liberalizó, pero en 1880 se restablecieron las medidas proteccionistas y los subidos aranceles a la manufactura extranjera. Los Bancos por acciones fueron creados en la década de 1850, destacándose el "Crédit Mobilier" de los hermanos Peréire por sus audaces inversiones en la industria y ferrocarriles.<sup>2</sup>

A partir de 1840, Alemania comenzó a superar su retraso industrial gracias a la liquidación de las supervivencias feudales, la unificación económica y monetaria y la estrecha asociación entre la banca y la industria. Los bancos, particularmente el Deutsche Bank, rebasaron la esfera de la circulación monetaria, invirtiendo masivamente en la industria siderúrgica (Ruhr), química y eléctrica, llegando a intervenir en las decisiones empresariales. Las grandes empresas industriales comenzaron a establecer sus propios bancos. Birnie sostiene que "un rasgo notable de los bancos alemanes, que los distingue de los franceses e ingleses, es su estrecha conexión con empresas industriales".<sup>3</sup>

La unificación política, bajo la hegemonía de Prusia, aceleró el desarrollo industrial y reforzó el papel del Estado, cohesionando la unidad contradictoria entre la burguesía y los junkers, que se transformaron en empresarios capitalistas del agro. Las capitulaciones de la burguesía ante la nobleza terrateniente en la Revolución de 1848 fueron superadas por las necesidades históricas del desarrollo capitalista de ambas fracciones de la clase dominante, a costa de las aspiraciones del campesinado y la clase trabajadora. El nuevo Estado burgués, timoneado por el canciller Bismarck, intervino activamente para asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo, especialmente la mano de obra especializada, y proteger a la industria pesada de la competencia británica.<sup>4</sup>

Japón tuvo un desarrollo capitalista mucho más tardío, pero cuando logró superar sus vestigios feudales se puso rápidamente a la vanguardia de la producción industrial. Este brusco viraje de su historia fue el resultado de la política implementada por la dinastía Meiji ("gobierno iluminado") que terminó con los siglos de aislamiento impuesto por las castas feudales. Luego de la revolución de 1868, el emperador se atrevió a romper con la estructura feudal, afectando los intereses de los samurais, mediante la compra de sus títulos por el Estado a un interés superior al 7 %, que eran canjeados por la banca. En el despegue industrial de Japón, el Estado desempeñó un papel más activo que en los países de Europa occidental. De ahí, que algunos autores hayan teorizado acerca de un supuesto capitalismo de Estado en esta temprana edad del sistema burgués. En rigor, lo que existió fue una ingerencia activa del Estado en la economía, orientando el excedente hacia las inversiones industriales, concediendo suculentos créditos a los empresarios y explotando las minas para suministrar materias primas e insumos más baratos a la siderurgia. Cuando el proceso capitalista estuvo consolidado, el Estado comenzó a vender sus empresas a firmas particulares, que luego se trustificaron.

El desarrollo capitalista en Estados Unidos siguió un curso diferente. Sin las ataduras del régimen feudal pudo, luego del corte con el nexo colonial, lograr un despegue económico merced a varios factores concomitantes. Uno de ellos fue la fabulosa reserva energética y de hierro; otro, la agricultura y ganadería, que aseguraron los productos de consumo popular. También fue importante el crecimiento de la población a base de una sostenida corriente inmigratoria, que proporcionó la mano de obra necesaria. De 4 millones de habitantes en 1790, Estados Unidos pasó a 50 millones en 1880, convirtiéndose en el país capitalista más poblado del mundo. La expansión territorial contribuyó,

---

<sup>2</sup>ALEXANDER GERSCHENKRON: **El atraso económico histórico en su perspectiva**, Barcelona, 1973.

<sup>3</sup>A. BIRNIE: **Historia económica de Europa**, p. 120, FCE, México, 1948.

<sup>4</sup>TOM KEMP: **La revolución industrial en la Europa del siglo XIX**, Barcelona, 1974.

asimismo, al despegue capitalista, integrando zonas tan ricas como La Florida (1813), Texas (1836), Oregon (1846), Nueva México y California (1848). La explotación del oro de California le permitió a Estados Unidos controlar el tercio de la circulación mundial de tan valioso metal.

Sin embargo, el inicio del desarrollo industrial norteamericano no se hizo, como en Europa, a base del mercado interno. Las primeras industrias, entre ellas las destilerías, crecieron en función del mercado externo. Recién en el siglo XIX, la industria norteamericana comenzó a crecer al compás de la demanda interna. La producción algodonera del sur proporcionó la materia prima para los telares mecánicos, donde trabajaban más de 100.000 obreros. Desde 1840 hasta 1860 el número de husos aumentó de 2.200.000 a 5.200.000. Se perfeccionó la máquina a vapor y la industria de precisión, como la relojería.

Los medios de comunicación dieron un salto adelante con la invención en 1837 del telégrafo por Edison. El desarrollo acelerado del capitalismo agrario se expresó en las empresas con una fuerte concentración obrera y maquinaria moderna, como el arado de fierro, segadoras, gavilladoras, etc., que permitieron un notable crecimiento de la producción de trigo y maíz. La guerra civil de 1861-65 terminó con la única traba que tenía Estados Unidos para consumir su revolución democrático-burguesa. El sur esclavista tuvo que plegarse al desarrollo capitalista pleno, impuesto por la burguesía industrial del norte.

### **LA EXPANSION MUNDIAL DEL CAPITALISMO.**

El desarrollo del capitalismo europeo y norteamericano cobró un renovado impulso con la ampliación del mercado externo para sus manufacturas, a raíz de la colonización de nuevas áreas en Asia y Africa y de la fuerte penetración comercial en América Latina. Este proceso constituyó de hecho el segundo gran ciclo de acumulación capitalista. Basta recordar que hasta 1830, Inglaterra reexportaba y revendía los productos textiles de India. Recién a mediados del siglo XIX se consolidó la corriente de exportación de los productos manufacturados europeos y la importación masiva de materias primas, fortaleciendo sobre nuevas bases la división internacional del capital-trabajo. Hacia 1860, casi los dos tercios de las manufacturas que se comercializaban en el mundo eran de procedencia inglesa.

Europa no sólo necesitaba materias primas para su industria sino también alimentos. El crecimiento poblacional hizo necesaria la importación de alimentos, que la agricultura europea no alcanzaba a cubrir. Para satisfacer esta demanda y las necesidades de la creciente exportación fue indispensable modernizar la marina mercante. Gracias a la invención de la hélice y la implantación del casco de fierro en los barcos, el tonelaje transportado subió de 7 millones en 1840 a casi 13 millones en 1860, abaratando notablemente los costos, especialmente de las materias primas que se adquirían a bajos precios en América Latina, Asia y Africa.

El comercio internacional se quintuplicó entre 1820 y 1870. El intercambio era desigual en base a valores iguales, juego en el que se valorizaban los artículos industriales mientras se minusvaloraban las materias primas de los países llamados periféricos, especialmente a partir de la década de 1870. Como dice André G. Frank: "durante el siglo XIX la división internacional del trabajo y el comercio se alteraron notablemente en perjuicio de los países actualmente subdesarrollados (...) (sobre todo) cuando los términos del intercambio se volvieron desfavorables para los exportadores colonizados de materias primas".<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup>ANDRE GUNDER FRANK: **Acumulación dependiente y subdesarrollo**, p. 108 y 109, Ed. Era, México, 1979.

La burguesía vendió sus manufacturas y maquinarias a elevados precios por el azúcar, café y cacao de América Latina, por los cereales y minerales de Asia y América Latina, por la lana y carne de Oceanía y América Latina, por los aceites vegetales de Africa y el algodón de India, Indonesia y Egipto.

Rosa Luxemburgo fue quien mejor percibió los objetivos del capitalismo en Asia, Africa y América Latina: "aniquilar la propiedad común", "medios de transporte -ferrocarriles, navegación- constituyen la condición previa indiscutible de la difusión de la economía de mercancías en los territorios de economía natural (...) separar la industria de la agricultura, la eliminación de las industrias rurales dentro de la economía campesina".<sup>6</sup>

Una de las principales formas de penetración inglesa fue la construcción de ferrocarriles en los países coloniales y semicoloniales. A fines del siglo XIX, se habían construido 40.000 kilómetros de vías férreas en la India, 60.000 en América Latina y 7.000 en Africa del Norte. Mientras los ferrocarriles sirvieron para acelerar el mercado interno y el intercambio comercial entre las naciones de ese continente, en Asia, Africa y América Latina fueron construidos en función de la economía primaria exportadora, entre el enclave productor de materias primas y el puerto de embarque para Europa.

Paralelamente con la colonización de la India, los ingleses iniciaron la conquista de Birmania a principios del siglo XIX, consumándola en 1852. En la misma década, comenzaron la expansión territorial en Persia, pero encontraron una fuerte resistencia popular, como les había ocurrido en Afganistán en 1840.

El capitalismo francés también penetró fuertemente en el sudeste asiático, intensificando la colonización de Indochina, luego de la ocupación de Saigón en 1862. Rápidamente, convirtió a esta región en productora de materias primas para la metrópoli.

La llamada "guerra del opio" (1842) significó el inicio del proceso de dependencia de China y la crisis de su autonomía. El imperio británico había impuesto sus condiciones, obligando a China a abrir cinco puertos al comercio europeo y a rebajar en un 5 % los derechos de Aduana. Nuevas acciones militares de Inglaterra y Francia en 1858 obligaron a China a otorgar otras concesiones, como la entrega de Hong-kong y la apertura de los mercados a la Compañía de India Oriental, que detentaba el monopolio del opio. Las exportaciones inglesas a China aumentaron de 600.000 libras esterlinas en 1833 a 3 millones en 1852. A su vez, la venta de té chino a Gran Bretaña se duplicó en el mismo lapso.

Hacia 1900, las exportaciones europeas a China alcanzaban a 180 millones de dólares. La clase dominante china se convirtió entonces en la intermediaria del capital extranjero, quedando así sellada por más de medio siglo la dependencia y el subdesarrollo de un país que había sido uno de los más desarrollados del mundo.

Argelia fue escogida por el imperio francés como cabecera colonizante en el norte de Africa. La conquista, iniciada en 1830, se consumó a fines del siglo, con la implantación de más de 600.000 colonos europeos y el control de todo el Magreb. Abd-el-Kader fue el símbolo de la resistencia al frente de 15.000 campesinos, convertidos en guerrilleros. Este caudillo popular -calificado por Engels de "incansable e intrépido"- no representaba a los señores feudales, como han dicho algunos autores, sino a los campesinos.

---

<sup>6</sup>ROSA LUXEMBURGO: **La acumulación de capital**, p. 285, Ed. Grijalbo, México, 1967.

La conquista más importante del capitalismo inglés en Africa fue el control de Egipto y la apertura del Canal de Suez, en 1869, que redujo a la mitad el recorrido de las mercancías europeas a los puertos del sudeste asiático.

## **PENSAMIENTO Y REALIDAD SOCIAL.**

La época de ascenso de la burguesía se caracterizó en el plano filosófico por una ruptura con la concepción teológica que había sobrevivido durante el período de transición del feudalismo al capitalismo. Se produjo así un cambio cualitativo entre el pensamiento aún creyente de un Descartes y las ideas radicales de un Rousseau o un Voltaire. Esta ruptura epistemológica permitió un notable avance de las ciencias que, liberadas de las ataduras religiosas y escolásticas, pudieron internarse en un campo sin fronteras. Que los científicos subordinaran pronto su quehacer a los requerimientos del Estado capitalista, no invalida el carácter progresivo que tuvo el tajante rompimiento con el escolasticismo eclesiástico.

La ideología burguesa se fue configurando hacia fines del siglo XVIII y afianzándose en el siglo XIX. Cuando se hizo cargo del aparato estatal, comenzó a perder sus aristas igualitarias y su sentido crítico. "La burguesía -dice Kofler- logró encubrir el carácter explotador de la sociedad en tal medida que pudo atreverse a hablar de la infinita armonía del orden burgués".<sup>7</sup> Victoriosa en un enfrentamiento social con la monarquía feudal, prontamente negó la existencia de lucha de clases. El proyecto idealista burgués del siglo XVIII entró en contradicción con la realidad, esfumándose su contenido humanista.

No por azar, Fichte<sup>8</sup> comenzó tempranamente a criticar el pragmatismo, que dejaba de lado los ideales para obtener mezquinas ventajas coyunturales. Schiller, heredero en parte de la concepción roussoniana, llegó a denunciar la alienación humana del mundo capitalista, acelerada por el mismo maquinismo y la división del trabajo.

No obstante, los filósofos que trataron de rescatar el proyecto humanista fueron opacados por el liberalismo reaccionario de un Spencer, que ponía las leyes de la naturaleza por encima del accionar de los hombres.

La ciencia perdió su concepción unitaria del mundo, de la cual Newton había sido uno de los últimos exponentes, y se fragmentó en decenas de subciencias, que alcanzaron notables logros, pero reforzaron en última instancia la tendencia al parcelamiento de la realidad. La proliferación de ciencias superespecializadas comenzó precisamente con el ascenso de la burguesía al poder. El sistema capitalista, necesitado de descubrimientos científicos para lograr un rápido despegue, estimuló la creación de especialidades y ramas científicas, como la química para la industria textil, la física y la ingeniería mecánica para el proceso de industrialización. La ciencia aplicada databa de muchas centurias, pero logró un auge notable en el siglo XIX con la invención del teléfono, la electricidad, el ferrocarril y el barco a vapor.

Desde el momento en que la ciencia comenzó a ser el motor principal de los avances técnicos para el crecimiento industrial, se fragmentó en tantas especialidades como requería el proceso productivo. Esa es la época en que la ciencia se institucionaliza, entra por la puerta ancha de la

---

<sup>7</sup>LEO KOFLER: *Contribución a la historia de la sociedad burguesa*, p. 455, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1974.

<sup>8</sup>En *Ibid.*, p. 456.

Universidad y adquiere un grado académico, bajo el postulado de "ciencia pura". A mediados del siglo XIX, el profesor universitario "empezó a convertirse en el tipo característico de científico (...) La ciencia no consiguió transformar tanto a las universidades como éstas la transformaron a ella. El científico fue menos un iconoclasta visionario que un sabio transmisor de una gran tradición".<sup>9</sup>

La dependencia de los científicos de la industria y de los requerimientos del Estado burgués, se fue acentuando a tal punto que muchas de las investigaciones se realizaron con fines no precisamente académicos. Mientras más se desarrollaba la sociedad industrial -bajo una ideologizante idea de progreso- más especialidades científicas alentaba, reforzando la tendencia a parcelar el conocimiento de la realidad a través del empirismo y el pragmatismo positivista.

Sería burdo establecer una relación mecánica entre los pensadores del siglo XIX y los intereses inmediatos y estrechos de la clase dominante y de los gobiernos de turno. Pero, "grosso modo", hablaron por la boca de su tiempo. Uno de los más conspicuos representantes fue Augusto Comte, cuya concepción unilineal de la historia y su filosofía positivista proporcionaron los fundamentos para una racionalización del mundo capitalista.

El positivismo fue una forma de reacción contra la filosofía, que se iba cada vez más separando de la ciencia, y contra toda construcción global del universo, de tipo hegeliano. Había llegado el momento de atenerse a los datos empíricos. La filosofía debía limitarse a los logros de la ciencia. La física, la química, la biología, etc., constituían la pauta metodológica para las ciencias sociales, porque había que "reducir a naturaleza los objetos que parecen irreductibles a la naturaleza".<sup>10</sup> La filosofía, herida en un ala, recién cobró vuelo en el último cuarto de siglo con los neokantianos, como Windelband, Rickert, Brentano y Renouvier.

La idea de totalidad, valorada por los pensadores de la talla de un Hegel, se desvaneció prontamente en respuestas pragmáticas apegadas a la inmediatez burguesa. "En cada caso -dice Kofler- lo que sigue siendo dominante en todo pensamiento burgués es la individualización práctica y el desgarramiento del proceso social en innumerables acciones independientes una de otras".<sup>11</sup>

El concepto de libertad personal y de reafirmación del individuo, que provenía de las mejores cepas del Renacimiento, fue utilizado por la burguesía en el poder para implementar su política económica de librecambismo y libre competencia. Sus antiguos postulados de libre disposición de la propiedad, dirigidos en contra de los señores feudales en pos de la subdivisión de la tierra, entraron pronto en contradicción con los propios intereses burgueses, cuyo desiderátum era precisamente el derecho de propiedad. Inclusive, el cuestionamiento de la renta de la tierra, hecho por los economistas del siglo XVIII, pasó a un segundo plano, porque podía haber propiedad sin democracia, pero no democracia sin propiedad. Sólo es realmente libre -decían los pensadores burgueses- quien tiene propiedad o éxito individual. El esclavo, carente de propiedad, no puede ser libre, llegó a decir Locke. Esta rotunda afirmación fue más tarde enmascarada por la idea abstracta de la libertad o de democracia formal, popularizada en el siglo XIX para integrar a la clase trabajadora a la ideología burguesa.

Los economistas de la "escuela clásica" habían tratado de explicar el funcionamiento del sistema capitalista, planteando que las tasas de interés se fijaban de acuerdo a la inversión y

---

<sup>9</sup>JOHN D. BERNAL: **Historia Social de la Ciencia**, I, 424, 425 y 437, Ed. Península, Barcelona, 1967.

<sup>10</sup> MANUEL GARCIA MORENTE: **Lecciones Preliminares de Filosofía**, p. 338, primera edición, Ed. Epoca, México, 1938.

<sup>11</sup> LEO KOFLER: op. cit., p. 460 y 461.



producción. Llegaron a esbozar la teoría del valor, como fundamento de los precios, señalando que el beneficio estaba directamente relacionado con la inversión de capital y no meramente de la diferencia entre el precio de compra y el de venta. Al diferenciar entre dinero y capital pusieron de relieve el significado de la inversión.

Adam Smith (1723-1790) hizo evidente que el trabajo era el generador de la riqueza y que la productividad aumentaba en la medida que se reforzaba la división del trabajo. Comprendió la diferencia entre valor de uso y valor de cambio, aunque no pudo ver la relación entre salario y fuerza de trabajo. No obstante, superó a los fisiócratas al reconocer que el trabajo industrial, al igual que el agrícola, era creador de riqueza.<sup>12</sup>

David Ricardo (1762-1823) procuró exponer crudamente la realidad capitalista, hecho que indujo a sus epígonos a considerarla como parte del "orden natural". Profundizó en la teoría del valor, fundamentada en la cantidad de trabajo incorporado en la mercancía, manifestando que el valor de cambio de las mercancías es directamente proporcional a la cantidad de trabajo incorporado a ellas. Sin embargo, no alcanzó a precisar que el valor de cambio es sólo una de las manifestaciones del valor. Cometió, asimismo, el error de determinar el valor del trabajo por la cantidad de trabajo empleada en producir el salario. Esta equivocación de Ricardo era producto de su teoría del salario, asimilando trabajo a fuerza de trabajo.<sup>13</sup> De todos modos, su teoría del valor-trabajo constituyó un revolucionario avance en la investigación científica del modo de producción capitalista.

Con Ricardo terminó el ciclo creador de la Economía Política clásica. "La ciencia económica burguesa había muerto. Ya no se trataba si tal o cual teorema era verdadero o falso, sino de si era beneficioso o funesto, cómodo o molesto, de si infringía o no las ordenanzas de policía. Los investigadores desinteresados fueron sustituidos por espadachines a sueldo y los estudios científicos imparciales dejaron el puesto a la conciencia turbia y a las perversas intenciones de la apologética".<sup>14</sup>

Comenzó así el ciclo de la economía vulgar, cuyo objetivo fue elaborar una racionalización económica al servicio de la ideología burguesa, soslayando la cuestión central del sistema: la extracción de plusvalía. Para ello, Malthus, Say, Lauderdale, Bastiat y otros, tuvieron que incluir el beneficio y los salarios dentro del valor, otorgando al capital una facultad creadora en sí. John Mill (1806-1873) formó parte de esta corriente; aunque más sensible a la explotación de los trabajadores trató de formular algunos cambios dentro del sistema, constituyéndose de hecho en el precursor del reformismo social.

Paralelamente, habían surgido pensadores con mayor sensibilidad y dispuestos a ir al fondo del problema. Fueron socialistas utópicos, de quienes Engels dijo en su juventud: "nos enorgullecemos de descender de Saint-Simon, Fourier y Owen".<sup>15</sup> Algunos izquierdistas han menospreciado la importancia histórica y política del socialismo utópico, sin advertir que Marx y Engels rescataron aspectos estratégicos relevantes de la sociedad alternativa diseñada por sus teóricos. Los socialistas utópicos, a diferencias de los creadores de utopías anteriores surgieron de la sociedad industrial urbana.

---

<sup>12</sup> MANUEL AGUSTIN AGUIRRE: **Historia del Pensamiento Económico**, p. 283, Ed. Latina, Colombia, 1977.

<sup>13</sup> CARLOS MARX: **Historia Crítica de la Plusvalía**, II, 101, FCE, Méx., 1947.

<sup>14</sup> CARLOS MARX: **El Capital**, op. cit., I, p. 13.

<sup>15</sup> Citado por D. RIAZANOF: **Marx y Engels**, p. 34, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1947.

Saint Simon era una mezcla de socialista con demoburgués utópico porque quería mejorar el capitalismo mediante una conciliación de los industriales con los obreros y, al mismo tiempo, combatir la nobleza y la alta jerarquía eclesiástica.

Fourier era más radical en sus planteamientos, tanto de crítica al capitalismo como del tipo de sociedad alternativa. Su proyecto de vida colectiva, a través de los falansterios o comunidades donde todos participaban en la organización de la producción, contemplaba una relación diferente de la pareja y del trato de los hijos, descrito en su libro "El nuevo mundo amoroso". En este verdadero socialismo utópico se basaron los utopistas latinoamericanos, preocupados por el amor libre y el respeto por la mujer.

Robert Owen, a quien Engels admiraba por su "candor casi infantil que rayaba en lo sublime y que era, a la par, un dirigente nato",<sup>16</sup> fue un industrial inglés que a principios del siglo XIX implementó en su fábrica mejoras para 2.000 operarios: reducción de la jornada de trabajo, seguro de desempleo y construcción de escuelas y viviendas. Al darse cuenta que su actitud era paternalista, decidió fundar "colonias comunistas", donde se trabajaba colectivamente la tierra y las industrias. No sólo creó este tipo de microsociedad alternativa en Inglaterra sino que la propagó en 1825 a Estados Unidos, donde fundó la Comuna "Nueva Armonía". Fue despojado de sus bienes en Inglaterra y Estados Unidos, decidiéndose entonces a la acción sindical, al advertir que el camino para llegar a la sociedad futura era equivocado.

También hay que mencionar a Esteban Cabet, porque su obra fue más conocida que la de los anteriores en América Latina. En su "Viaje a Icaria",<sup>17</sup> editado en 1842, planteaba ideas similares a las de Owen y Fourier, tratando de aplicarlas a Estados Unidos: comunidades agrícolas e industrial, donde la distribución de los bienes se hacía según las necesidades de todos. Cabet, al igual que otros utopistas como Saint-Simon, reivindicaba el cristianismo de los tiempos de Jesús.

La filosofía alemana (Hegel y Feuerbach, especialmente), la economía política clásica inglesa (Smith y Ricardo) y las teorías sociales francesas, particularmente el utopismo de Fourier y Saint-Simon, abonaron el terreno que permitió a Carlos Marx y Federico Engels elaborar la concepción más revolucionaria conocida hasta entonces. Poniendo sobre sus pies a Hegel, rescatando la idea de la totalidad y del materialismo, que en sus manos se hizo dialéctico, como dialéctica era la realidad. Rompiendo con el idealismo y el materialismo vulgar y mecanicista, recuperando el concepto de globalidad, pero no para hacer sistemas filosóficos cerrados, como los de Fichte y Hegel, sino para formular una teoría capaz de interrelacionar todos los elementos de la sociedad global en estrecha relación con la naturaleza: la historia de la naturaleza y la historia de la humanidad constituyen una sola historia, afirmó rotundamente Marx en la "Ideología Alemana". Descubrieron los modos de producción como hitos fundamentales del proceso histórico y elaboraron una Economía Política que puso al desnudo el funcionamiento y las formas de explotación del sistema capitalista, encontrando en la plusvalía como la expresión del valor-trabajo la clave del proceso de reproducción ampliada del capital. De lo que se trataba entonces, no era de describir solamente la sociedad o de interpretar el mundo, como lo habían hecho los filósofos, sino fundamentalmente de transformarlo.

Llegaron a esta conclusión definitiva pisando tierra firme. Estudiosos de la experiencia de los "levellers" ingleses y de los trabajadores franceses, orientados por Roux y Leclerc, durante las grandes

---

<sup>16</sup> FEDERICO ENGELS: **Del socialismo utópico al socialismo científico**, en **Marx y Engels: Obras Escogidas**, II, 122, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1977.

<sup>17</sup> ESTEBAN CABET: **Viaje a Icaria**, Barcelona, 1848.

revoluciones democrático-burguesas, se dieron cuenta que el proletariado era la clase históricamente encargada de sustituir a la burguesía y de generar un tipo de sociedad sin clases y sin Estado opresor.

Las luchas que la clase obrera europea venía dando desde principios de siglo apuntaban este diagnóstico: la huelga de los trabajadores de Glasgow (1804), el movimiento luddista, que destruía máquinas que eran la fuente de su opresión, el surgimiento de las "Trade Unions", que unificó a cerca del millón de trabajadores por oficio, el movimiento "cartista" que obtuvo las 10 horas de trabajo, respaldado por 3 millones de firmas (1846), el levantamiento de los tejedores de Lyon (1831) y de Silesia (1844), las Sociedades Secretas de Augusto Blanqui y, fundamentalmente, la participación en la revolución francesa de 1848, pusieron de manifiesto la posibilidad de que los trabajadores tomaran el poder.

En brazos de este ascenso obrero, Marx y Engels redactaron el "Manifiesto Comunista" (1848), por encargo de la organización en la cual militaban: la Liga de los Comunistas. Su actitud se puso también de relieve al colaborar activamente en la creación de la Primera Internacional, cuya iniciativa había partido de las "Trade Unions".

La I Internacional, fundada el 28 de septiembre de 1864, fue la culminación de un largo proceso de desarrollo ideológico y orgánico del naciente proletariado mundial. Su extraordinaria importancia histórica reside en haber sido el primer Frente Unico de todas las corrientes del pensamiento obrero.<sup>18</sup> Marxistas, lasalleanos, socialistas utópicos, proudhonianos, bakunistas y trade-unionistas ingleses, comprendieron la necesidad de unirse, por primera vez en la historia, para dar una orientación clasista y revolucionaria a las organizaciones obreras. Se superaba así la fase de las sectas gremiales y políticas para construir un movimiento de clase, masivo y con aspiraciones a ser mundial.

La Internacional no fue estrictamente una Central Sindical Mundial ni tampoco una dirección de carácter político mundial, como lo fueron las posteriores Internacionales. No se componía exclusivamente de partidos ni sindicatos. Fue más bien un Frente Unico o, en el mejor momento organizativo, una Federación o alianza de federaciones sindicales y políticas, cooperativas y culturales, que coincidían en la necesidad de luchar por el derrocamiento del capitalismo, levantando una divisa clasista que se hizo histórica: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos". Esta concepción clasista y unitaria, que abarcaba al conjunto de la clase explotada, es una clara expresión de que para Marx la revolución socialista debía ser el producto de la unidad de la clase en acción, y no patrimonio de una élite partidaria que actúe sedicentemente en nombre del proletariado.

No creemos que la I Internacional fuera "un matrimonio de conveniencia", como dijo Mehring. Por el contrario, fue una necesidad histórica, a cuya concreción se dedicó con afán y convicción Marx, seguro de su proyección futura. Pero como era un Frente Unico o a lo máximo una Federación, estuvo sujeto a los vaivenes de las posiciones divergentes de sus integrantes. Desde el Primer Congreso (septiembre de 1866), los dirigentes se vieron obligados a polemizar con los "trade-unionistas puros", que querían limitar la acción de los sindicatos a cuestiones de salarios y de jornada obrera. La mayoría de la Internacional dejó claramente establecido que la lucha era política y por el derrocamiento del Estado burgués. Cuando la Internacional decidió apoyar la Comuna de París, las "Trade Unions" se retiraron de la organización. "Si bien es cierto -afirma Mandel- que la Internacional no desempeñó ningún papel decisivo en la preparación y la dirección de la Comuna, también lo es que el auge del movimiento obrero francés, especialmente en París, durante los meses que precedieron a la Comuna, estuvo lo bastante influido por la Internacional como para que pueda considerarse objetivamente que la

---

<sup>18</sup> LUIS VITALE: **Historia del movimiento obrero**, p. 4, Ed. POR, Santiago, 1962.

primera revolución proletaria victoriosa fue la coronación lógica del trabajo. Paradojalmente, fue la Comuna de París la que inauguró la segunda fase de su decadencia organizativa".<sup>19</sup>

Paralelamente a las divergencias con las "Trade Unions" -que culminaron con su retiro de la Internacional, abriendo una grave crisis organizativa por cuanto constituían el principal soporte de masas- se habría desarrollado una encendida polémica entre los partidarios de Marx y los de Bakunin. Los anarquistas se opusieron desde el comienzo a que el Manifiesto Inaugural señalara que "el primer deber de la clase obrera consiste en conquistar el poder político". Volvieron a rechazar la nota-informe de Marx al primer Congreso de la Internacional (1866), donde se sostenía que los cambios revolucionarios "sólo pueden producirse por intermedio de una fuerza social organizada, el poder estatal, que ha de pasar de manos de los capitalistas y los latifundistas a los de la clase obrera". Marx reafirmó en la Conferencia de Londres de la Internacional (1871) que el movimiento económico de la clase obrera "y su movimiento político están indisolublemente ligados".

Los anarquistas cuestionaron la estrategia de la conquista del poder político y estatal porque estaban en contra del poder y del Estado. Postulaban la sociedad sin clases y sin Estado. Estaban contra todo autoritarismo y combatían frontalmente a la Iglesia. Los partidarios de Marx estaban de acuerdo con muchos de estos postulados estratégicos, apreciación que los llevó a hacer ciertas concesiones a los anarquistas, con el fin de conservar la unidad de la Internacional.<sup>20</sup> Pero no podían ceder en lo fundamental: la necesidad de la lucha política de clase para derrocar precisamente a la clase enemiga. Los anarquistas no presentaban, en este punto clave, ninguna alternativa factible. Planteaban la sociedad sin clases pero no ofrecían ningún camino viable para alcanzarla; sólo la organización sindical y una eventual huelga general, que tampoco tenía una salida política clara.

La división entre marxista y anarquistas, que culminó en la disolución de la I internacional en la década de 1870, influyó de manera decisiva no sólo en el movimiento obrero europeo sino en las primeras organizaciones sindicales que se formaron en América Latina. Por eso, sin la comprensión de este proceso del proletariado europeo no es posible entender el desarrollo de las primeras organizaciones del movimiento obrero latinoamericano. Del mismo modo, no se puede explicar el pensamiento liberal y conservador de la burguesía latinoamericana sin estudiar la ideología de sus teóricos europeos.

---

<sup>19</sup> ERNEST MANDEL: **La Primera Internacional**, en **Sobre la Historia del Movimiento Obrero**, p. 25, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1943.

<sup>20</sup> FRANZ MEHRING: **Carlos Marx**, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1943.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enriquez", CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 